

Presentación de la
Ortografía de la lengua española

Alfredo Matus
Director de la Academia Chilena de la Lengua

En este mismo instante, alguien nos deletrea...

Altezas:

Si en algún momento de congoja, a don Quijote y Sancho «faltóles el sol y la esperanza», como asegura el bueno de don Miguel, a nosotros —pertinaces académicos de postrimerías seculares, pero, sobre todo, de inaugurales centurias —, obcecados como somos, los soles nos abundan y la esperanza nos revienta por las cinchas del caballo.

Porque los signos de los tiempos desafían. Nos congrega esa luz premonitoria que encienden las palabras cuando son legítimas, cuando *dicen*, cuando rinden vuelo, como quería Ortega. ¿Cómo no hemos de estar inflamados por ese latido que se hace cada día más potente, ante esa sangre circulante del espíritu que nos configura y se revivifica en un adviento perenne?

En horas de pesadumbre y de quebranto para esta humanidad cansada que recae, salida de los mares y desmoronamientos, venimos por las tierras manchegas de España y América —como el alcabalero alcaláino— proclamando la unidad por la palabra. Entre tanto derrumbe avanzamos, por esos caminos de Dios adelante, enderezando ortografías, desplegando gramáticas, fraguando diccionarios, allegando antologías, y, ahora, con cuánto entusiasmo y demorada ternura, presentando esta azul *Ortografía*. *Ortografía*, *gramática* y *diccionarios*, concebidos y articulados desde toda la ecúmene hispánica, constituyen el *magnum opus* de la Asociación de Academias, único en el concierto de las lenguas naturales. Que la *Ortografía* no viene sola, hay que tenerlo presente, porque sin ella no van los demás códigos, siendo la única rigurosa y sólidamente panhispánica. Aunque la lengua española sea policéntrica, como hoy se la reconoce, arquitectural y diasistemática, la *Ortografía* ha debido cruzar todos los caminos y salir incólume en su granítica unidad y, aquí sí, incluso, en su compacta

uniformidad.

Nos congregamos en este epicentro, en este punto radical y cordial de la lengua española, para la construcción de las nuevas metáforas. Este es el cenáculo privilegiado al que hoy sumamos nuestras imaginaciones, alentados por la rica diversidad de nuestros pueblos, enaltecidos con la oralidad y la literalidad de nuestras pulsaciones, para embrujar al mundo con la claridad de las voces y las letras de Cervantes y Vargas Llosa, flamante Premio Nobel que abriga nuestras nubes; las voces y las letras de todos nuestros pueblos, las peninsulares y las antillanas, las de México, las centromericanas y las andinas, las rioplatenses, las de Norteamérica española y las de Filipinas, las de Sefarad, las de Guinea Ecuatorial, con esa sonoridad tan neta de nuestras culturas originarias, en esta *Castella Novissima*.

Que la Ortografía no es cuestión de un acento más o de un acento menos. Que ya Nebrija daba el nombre de la *ye*. Que hay secciones de la Ortografía (tildes y mayúsculas) más permeables al cambio que la ortografía literal; baste observar los actuales derroteros electrónicos, arrolladores, de la actual comunicación escrita. Todo está muy bien, sin duda, pero la Ortografía es cosa mayor. Como todo en la lengua, esto es, como todo en lo humano, esta es cuestión de semántica, afán y faena de sentido, «esa sombra mística que sobre las cosas vierte el resto del universo» (Ortega). Lo declaraba el *Diccionario de Autoridades* en su definición de ortografía: «El Arte que enseña a escribir correctamente, y con la puntuación y letras que son necesarias, para que se le dé el sentido perfecto, quando se lea». El recto escribir interviene, pues, en la hermenéutica, el recto leer, en la razón vital de nosotros mismos. Sin embargo, ya lo advertía Nebrija: «en aquello que es como lei consentida por todos, es cosa dura hazer novedad...» y nuestro Andrés Bello, ¡cómo lo sabía! ¡Cómo aletea aquí, en este recinto cargado de significaciones, su espíritu. En esta, la nueva *Ortografía*, pero también en la *Nueva Gramática*, en el renovado *Diccionario* oficial y en el gran *Diccionario de Americanismos*, productos macizos de la política panhispánica que hoy culmina, llevada adelante con energía e iluminación por quien nos ha urgido con asertividad, su verdadero artífice, don Víctor García de la Concha, digo, pues, que en estos ubérrimos frutos de la política panhispánica, después de 150 años, se encarna, poderoso y espléndido, el sueño de don Andrés Bello. Para decirlo con sus textos primordiales, campea el espíritu de

Bello en su *afán de unidad* («Juzgo importante la conservación de la lengua de nuestros padres en su posible pureza, como un medio providencial de comunicación y un vínculo de fraternidad entre las varias naciones de origen español derramadas sobre los dos continentes.»); en su *lúcida vocación panhispanica* («Chile y Venezuela tienen tanto derecho como Aragón y Andalucía para que se toleren sus accidentales diferencias, cuando las patrocina la costumbre uniforme y auténtica de la gente educada.»); en su reverente *respeto por el uso* («No he querido, sin embargo, apoyarme en autoridades, porque para mí la sola irrecusable en lo tocante a una lengua es la lengua misma.»); pero, sobre todo, en su adhesión completa al *soberano primado de la libertad* (entendida «como contrapuesta, por una parte, a la docilidad servil que todo lo recibe sin examen, y por otra a la desarreglada licencia que se rebela contra la autoridad de la razón y contra los más nobles y puros instintos del corazón humano.»).

Pero no nos «descentremos». No perdamos el sentido. Nuestra Ortografía, aun siéndolo mucho más que las de muchas lenguas, no es perfecta. No constituye un código semiótico de biunivocidad estricta (aunque 14 grafemas la manifiestan). Y ¡qué bueno que así sea! Tiene la perfección de lo humano, el pecado del santo, los lunares que embellecen el rostro. La perfección de lo humano que se identifica con la «razón histórica» del *animal etimológico* orteguiano. No nos «descentremos». En esta hora de ortografías para la vida, hecha por todos y para todos, no puedo dejar de releer, una vez más, ese transparente poema de Octavio Paz, «Hermandad»:

Soy hombre: duro poco
y es enorme la noche.
Pero miro hacia arriba:
las estrellas escriben.
Sin entender comprendo:
también soy escritura
y en este mismo instante
alguien me deletrea.

«Enterremos las haches rupestres», había proclamado García Márquez en Zacatecas. Pues no. Desenterremos nuestras haches rupestres sin vergüenza ni disimulos. Verdaderos petroglifos incrustados en nuestro ser gráfico desde las Glosas emilianenses

(«qual dueño get ena honore»), con sus evanescencias y sus tenacidades Hagámoslo por «paradigma inmunológico», a lo Roberto Esposito. Gran cosa hemos realizado todos juntos, Señor, Señora, durante estos años con las obras panhispánicas. Hemos tomado el pulso de nuestra vividura en su constituirse verbal. Hemos sido testigos de esa exigua porción de tiempo que se nos otorga. Aquí no hay nada definitivo. Simplemente, para decirlo con Borges, con esta *Ortografía* «ya somos el olvido que seremos».

Alfredo Matus

Director de la Academia Chilena de la Lengua

Madrid, 17 de diciembre de 2010